

José Tito Rojo

JARDINES DE LA ALHAMBRA Y EL GENERALIFE

VOLUMEN I

ARTE, HISTORIA, FANTASÍA

eug



Junta de Andalucía
Consejería de Cultura y Deporte
Patronato de la Alhambra y Generalife

GRANADA, 2025

PRIMERA EDICIÓN: Abril 2025

© JOSÉ TITO ROJO

© PATRONATO DE LA ALHAMBRA Y GENERALIFE.
CONSEJERÍA DE CULTURA Y DEPORTE. JUNTA DE ANDALUCÍA

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

Editorial Universidad de Granada
ISBN(o.c.): 978-84-338-7539-6
ISBN Vol. I: 978-84-338-7540-2

Patronato de la Alhambra y Generalife
ISBN(o.c.): 978-84-175-1826-4
ISBN Vol. I: 978-84-175-1825-7

Depósito legal: Gr. 406-2025

Edita:	EDITORIAL UNIVERSIDAD DE GRANADA	PATRONATO DE LA ALHAMBRA Y GENERALIFE.
	Campus Universitario de Cartuja	CONSEJERÍA DE CULTURA Y DEPORTE.
	Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada	JUNTA DE ANDALUCÍA
	Tel.: 958 243 930 - 246 220	C/ Real de la Alhambra, s/n
	Web: editorial.ugr.es	18009 Granada

Maquetación: Tarma, estudio gráfico. Granada
Diseño de cubierta: Tarma, estudio gráfico. Granada
Imagen de cubierta: Lucía Rivas
Imprime: Comercial Impresores. Motril. Granada

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Los derechos de las imágenes reproducidas pertenecen a sus autores y a sus propietarios. Agradecemos su amabilidad al permitirnos usarlas. En algún caso, a pesar de nuestros intentos, no han podido ser localizados.

SUMARIO

SECCIÓN I	
HISTORIA PAISAJÍSTICA DE LA ALHAMBRA	17
SECCIÓN II	
EL GENERALIFE	157
SECCIÓN III	
PLANTAS EXCEPCIONALES	
EN LA HISTORIA DE LA ALHAMBRA	351
SECCIÓN IV	
FANTASÍAS EN LOS JARDINES DE	
LA ALHAMBRA Y EL GENERALIFE	381
BIBLIOGRAFÍA	395
ÍNDICE	415

La Alhambra y el Generalife conforman un conjunto paisajístico y patrimonial de una riqueza inigualable en el que la historia, la jardinería y la arquitectura se entrelazan para ofrecer un legado patrimonial universal. Este libro, *Jardines de la Alhambra y el Generalife*, supone una contribución esencial para el estudio de ese conjunto, tanto por la profundidad de su análisis, como por el esfuerzo de sistematización y ordenación del conocimiento que presenta.

Hasta ahora, el estudio de los jardines de la Alhambra había estado disperso en artículos académicos, monografías parciales y fuentes documentales de difícil acceso. José Tito Rojo tiene el mérito de ofrecernos una síntesis ordenada, donde cada capítulo está cuidadosamente diseñado para guiar al lector en un recorrido temático, cronológico y por espacios. Se abordan, además, los jardines y patios más emblemáticos, pero también otros espacios menos conocidos, proponiendo interpretaciones que, sin duda, enriquecerán el debate académico y la comprensión general de estos lugares.

Pero este volumen es más que un estudio académico. Es también una invitación a la contemplación y al deleite. La combinación de textos rigurosos con una cuidada selección de imágenes permite al lector sumergirse en la belleza y complejidad de estos jardines, comprendiendo no solo su estructura física, sino también su dimensión simbólica y emocional.

Desde la Universidad de Granada, celebramos esta publicación con un fuerte agradecimiento a la Editorial Universidad de Granada que confirma su prestigio, su rigor y su buen hacer una vez más con la edición de esta obra. Una obra que, con pasión y rigor, contribuye a desentrañar los secretos de uno de los conjuntos patrimoniales más fascinantes del mundo. *Jardines de la Alhambra y el Generalife* está llamado a convertirse en referencia imprescindible para historiadores, paisajistas, arquitectos y todos aquellos que deseen profundizar en el conocimiento de los jardines de la Alhambra y el Generalife.

Pedro Mercado Pacheco
Rector de la Universidad de Granada

Un jardín es un eco del paraíso, un lugar feliz y aparentemente sin fruto ni sentido práctico, un lienzo donde vierte su corazón las ásperas manos del jardinero, y sus bendiciones la madre tierra. Es, en definitiva, un refugio esencial en este mundo aturdido por la digitalización y la vida a velocidad del pensamiento. Un mundo en que el director de la Alhambra, para escribir estas letras, recurre, indolente y desvergonzado, a la inteligencia artificial, la que, preguntada por José Tito nos responde: “José Tito Rojo es una figura clave en el estudio, la preservación y la interpretación de los jardines de la Alhambra y el Generalife, especialmente por su enfoque interdisciplinar que combina historia, agronomía y arqueología del paisaje.” Pasando a enumerar sus “varias contribuciones clave”: autenticidad histórica, revitalización del patrimonio nazarí, descubridor de los sofisticados sistemas de ingeniería y simbología de los jardineros nazaríes, restaurador científico, formador de nuevas generaciones de historiadores y paisajistas en las tradiciones de los jardines islámicos. Entre otros muchos “disparates” que constituyen la base sobre la que se compone este compendio, que, en su integralidad, nos detalla de forma íntima y exhaustiva, el espíritu y también la corporeidad de nuestros exquisitos jardines. Pero lo que no alcanza a apreciar la IA es al Pepe Tito socarrón y risueño, con su incorregible e inteligente sentido del humor. O un empedernido erudito, de enunciación lenta y transcendente, que siempre nos descubre nuevos ángulos de temas antiguos y recurrentes. Al Pepe Tito amigo y cercano que completa la apreciación de esta obra que humilde y gozosamente presento: un compendio científico, pero divulgativo, de gran rigurosidad, pero ameno, especializado, pero para todos los públicos. Un libro que la IA se va a referir como “esencial” (porque así lo dice nuestro magnífico Rector) para entender nuestros jardines mágicos y universales. Para sentarse a leerlo, degustarlo y estudiarlo entre las fuentes cantarinas y embrujadas, contemplando los paisajes subyugantes de su querida Alhambra (y Generalife). Nuestro refugio e inspiración.

Rodrigo Ruiz-Jiménez Carrera
Director del Patronato de la Alhambra y Generalife

L'Alhambra est pour moi la terre promise.
Le Marquis de Custine, 1831

Llueven estrellas de agua sobre el jardín amarillo;
las hojas tiemblan la luz de las lunas de estos siglos.
Juan Ramón Jiménez, 1904

...caminando por un estrecho y oscuro túnel de la Alhambra,
se me entregó, sereno, callado y solitario, el hermoso patio de los mirtos
de ese antiguo palacio. Contenía lo que debe contener
un jardín bien logrado: nada menos que el universo entero.
Luis Barragán, 1980

Al lector

La obra que se dispone a recorrer trata de los jardines de la Alhambra y del Generalife, ese amplio territorio, declarado Patrimonio de la Humanidad, que contiene palacios de ensueño y maravillosos ejemplos del arte de la jardinería. No solo jardines en sentido estricto, también otros tipos de espacios cultivados, huertas, cármenes, bosques, dehesas, que son parte indispensable del conjunto.

La Alhambra es un territorio jardinero, un paisaje vivo en el que se ha intervenido desde la Edad Media hasta la actualidad, conservando mucho de lo que se hizo en sus primeros momentos y permanentemente enriquecido a lo largo del tiempo. En estas páginas el interés se centrará en los ejemplares más relevantes, los patios de la Alhambra y el Generalife, sus jardines exteriores, sus bosques, pero también se prestará atención a otros menos conocidos de los que se conservan apenas restos arqueológicos. Para hablar de todos ha sido necesario hacer incursiones en la historia del monumento, hablar de las personas que le han dado vida o lo han visitado, también del paisaje en que se encuentran y de su relación con la ciudad de Granada y con la naturaleza que la rodea.

Lo que se ofrece aquí es un recorrido sobre su historia y su presente. Está dirigido especialmente a los amantes del jardín, sean especialistas o meros aficionados, por eso se ha confeccionado de forma que, sin perder profundidad y rigor, su lectura sea asequible a todos. Inevitablemente, para apoyar nuestro discurso, ha sido necesario recurrir a abundantes referencias y citas, especialmente necesarias al no existir un estudio científico profundo y global sobre los jardines de la Alhambra. Eso significa que mucho de lo que presentamos aquí es inédito y novedoso, por otra parte muy alejado de las simplificaciones que se pueden encontrar en muchas obras generalistas; nos ha sido por tanto inevitable poner en manos del lector las fuentes y documentos que le permitan conocer fielmente los sitios y su historia. Hemos tratado de permitir en los textos una lectura fluida relegando al máximo el aparato crítico y académico a las notas al pie, en muchas ocasiones abundantes, para permitir al lector más interesado conocer los documentos en que nos apoyamos.

El estudio se presenta en dos volúmenes de lectura independiente, pero complementaria. El primero, éste que tiene en sus manos, se dedica a temas generales: el territorio, las tipologías de los espacios cultivados y, sobre todo, la específica historia jardinera de ambos monumentos, Alhambra y Generalife. A lo largo del recorrido se hace mención de las plantas presentes en ellos a lo largo del tiempo y se les dedica especial atención a algunas de ellas muy relevantes, aún así se ha considerado conveniente incorporar aparte, en una sección específica, el análisis de dos plantas excepcionales por su rareza, el arrayán morisco y el tamarindo, que aportan valiosa información de un pasado en que la Alhambra tenía vegetales cuyo uso prácticamente se había perdido en el resto de la península y que estaban ausentes de la flora cultivada europea. El panorama sería incompleto

sin aludir en este primer volumen, aunque sea de forma somera, a un elemento que acompaña a los jardines desde sus inicios, la capacidad de estimular la imaginación, la fantasía. El segundo volumen se dedica al estudio pormenorizado de cada uno de los jardines, lógicamente dedicando especial atención a los más importantes, los patios de la Acequia, de los Arrayanes y el de los Leones, que junto a los jardines del Partal sustentan la relevancia que tienen la Alhambra y el Generalife en el conjunto de los jardines históricos de todo el mundo. En ambos volúmenes intercalamos en la línea principal del discurso una serie de anexos sobre temas complementarios muy específicos que hemos considerado interesante tratar de manera separada.

Antes de iniciar la lectura, con solo ojear el libro, el lector habrá apreciado que se abre y se cierra con una serie de imágenes a toda página. Son, de alguna manera, un complemento emocional. Las del inicio hacen homenaje a la visión que los artistas han tenido de los jardines de la Alhambra, son documentos gráficos que nos permiten apreciar cómo han sido percibidos y transmitidos por personas especialmente sensibles. Las que se colocan al final del libro coinciden en su carácter quimérico. Responden al convencimiento de que la recreación libre, la invención, la fantasía, son un componente más de los jardines y de forma profunda eso se ha manifestado especialmente en los de la Alhambra, que siempre se han prestado a estimular las emociones, la poesía. Desde este punto de vista incluso la falsificación de la realidad ha sido útil para enriquecer su percepción. No renunciamos a aceptar como parte de los jardines de la Alhambra el ensueño y la imaginación, con la única precaución de reconocerlos como tales, diferenciándolos claramente del conocimiento fundamentado. Obliga eso a admitir que hay muchas cosas que no se saben, datos perdidos, cambios que tal vez nunca llegaremos a conocer con certeza. En los casos en que sea posible establecer hipótesis razonables sobre esos aspectos oscuros lo haremos, pero tratando siempre de no confundir lo que realmente se sabe de las especulaciones, aunque sean razonables. Muchos de los errores que hay en los escritos sobre los jardines de la Alhambra se debieron a elevar las opiniones sin datos a la categoría de ciencia.

Desde hace mucho tiempo me he dedicado a los jardines. He estudiado, visitado, hecho, restaurado jardines. Y desde el principio la Alhambra ha estado presente. Sobre ella y el amplio territorio jardinero que la rodea he trabajado, hecho proyectos, investigado, escrito artículos, dado cursos y conferencias. Creo haber colaborado a consolidar una manera de verlos muy distinta de la que existía antes. He pretendido siempre contribuir a aumentar su conocimiento, incorporándome en la parcela concreta de mi actividad, los jardines, a la importante cantidad de investigadores que en las últimas décadas han aportado una manera nueva de pensar la Alhambra, más rica, más rigurosa y certera que la que había hace veinte, treinta años. Eso no significa renunciar a las enseñanzas y reflexiones de los pioneros de la investigación alhambrena, pero sí añadir el análisis de numerosos datos nuevos y las aportaciones de la importante masa crítica de investigadores del presente. Si en el pasado el estudio de la Alhambra tenía mucho de solitaria pasión personal de unos pocos, hoy se caracteriza por el debate, el intercambio y la confrontación de ideas de muchos especialistas que trabajamos desde disciplinas muy distintas. Sin prescindir de la pasión, ahora es más fácil sustentar los análisis con los frutos de una labor colectiva.

El libro que presentamos aquí trata de desvelar los valores jardinísticos de ese gran espacio. Se esfuerza en condensar, en una publicación unitaria, la visión global de un conjunto del que cada uno de sus elementos merecería sin duda una monografía extensa. Creemos que cubre un vacío bibliográfico extraño. Siendo

como son los de la Alhambra jardines de primer nivel, sin duda un capítulo fundamental de la historia de la jardinería, carecen de un estudio científico razonable. Se le han dedicado capítulos importantes de obras generalistas, aparecen en volúmenes sobre jardines del islam o de Europa, pero en la mayoría de los casos se ha tratado de acercamientos parciales. Y muchas veces, es necesario decirlo, apoyados en documentación anticuada y superada por los estudios más recientes.

Mientras la arquitectura, el arte o la literatura de la Alhambra, y en general andalusíes, se abordaron desde antiguo con criterios científicos, parecía que los jardines, por su apariencia de obras efímeras y de complicada evolución, eran un terreno inabordable desde la ciencia, materia para la poesía, acompañantes imprescindibles del conjunto pero sin más valor que aportar ambiente. Durante mucho tiempo eran todavía el reducto bello donde el investigador podía abandonar la seriedad metodológica y dejarse llevar por su imaginación. No es una valoración nuestra, muchos de los primeros estudiosos, desde Leopoldo Torres Balbás a Emilio García Gómez, lo dijeron así de forma explícita. La consolidación en nuestro entorno europeo de la historia del jardín como disciplina científica nos proporciona bases seguras para indagarlos, desde los viejos e insustituibles análisis de los materiales de archivo a las modernas técnicas de arqueología de jardines, incluidos los estudios edafológicos o la lectura de los registros polínicos del pasado. Nuestro esfuerzo se sitúa en una óptica estrictamente paisajística, situando el jardín como elemento central del estudio. Los parámetros que adoptamos no nos hacen olvidar que el jardín es, ante todo, un lugar ameno y una construcción estética. La disciplina del método científico no busca dejar eso de lado, sino al contrario reforzar su percepción, no disminuir el encanto sino multiplicarlo.

En gran medida estas páginas son la continuación lógica del libro *El jardín hispanomusulmán: los jardines de al-Andalus y su herencia* que publicamos Manuel Casares y yo hace ya algunos años. Era más generalista y estaba centrado en defender una nueva manera de ver los jardines andalusíes, alejada de los tópicos del orientalismo romántico. Tenía un carácter más teórico y combativo, desde su irónico título que usaba el término “hispanomusulmán”, demonizado por el moderno orientalismo, y que nosotros redefiníamos limitando la denominación “jardines de al-Andalus” a los que realmente existieron en el territorio islámico de la península en la Edad Media y usando el antiguo binomio “jardines hispanomusulmanes” para dos realidades muy distintas: las construcciones teóricas que el orientalismo había elaborado sobre ellos, en gran medida erróneas, y los numerosos jardines que, inspirados en esas elucubraciones teóricas, se hicieron en clave regionalista en la España del siglo xx. Con lo publicado allí consideramos zanjada esa cuestión y eso nos permite abordar los jardines de la Alhambra de forma mucho más concreta; aunque sea inevitable que en algunos momentos aparezcan ecos de ese debate, pues los orientalismos dominantes tuvieron también su papel en la transformación de los jardines de la Alhambra en el siglo xx.

Parte de lo que aquí se publica se ha avanzado de forma parcial y provisional en diversas publicaciones, tanto sobre jardines como sobre otros temas, diferentes, aunque relacionados con ellos: periodos o lugares de la Alhambra, arte islámico, arqueología, orientalismo. Incluso en esas partes ya avanzadas no se trata de la mera recopilación de esos escritos previos, sino un trabajo nuevo redactado para tener una coherencia global. Por su extensión hemos preferido que cada uno de los capítulos pueda ser leído de forma independiente, eso ha significado que a veces hayamos decidido repetir algunos conceptos en varios lugares. Hemos procurado que sean mínimos, limitándolos a los imprescindibles

para que el discurso de cada capítulo pueda ser seguido de forma autónoma, y prefiriendo incluir en las notas la invitación al lector para que busque en otros capítulos temas relacionados.

Es obligado recordar aquí que, hasta no hace mucho, la mayoría de mis trabajos se han realizado de forma conjunta con Manuel Casares Porcel, su disciplinada metodología y su inteligencia me han ayudado permanentemente. Lo mismo ocurre con los colegas de otras disciplinas con los que cotidianamente he compartido aventuras intelectuales y debates, con la referencia inevitable al grupo de la Unidad Asociada “Patrimonio Cultural Árabe e islámico” formado por la Universidad de Granada y la Escuela de Estudios Árabes del CSIC, y al Laboratorio de Arqueología y Arquitectura de la Ciudad (LAAC), bien compartiendo investigaciones concretas, con Elena Díez Jorge, Antonio Orihuela Uzal, Antonio Almagro Gorbea o Julio Navarro Palazón, bien contando con su apoyo y opiniones, Bárbara Boloix Gallardo, Inmaculada Camarero Castellano, Ana García Bueno, Juan Antonio García Granados, Víctor Medina Flórez, José Miguel Puerta Vilchez o Carlos Vilchez Vilchez... Quiero destacar el enriquecedor debatir con Olga Bush, Eduardo Páez López, Javier Piñar Samos, Ángel Rodríguez Aguilera, Gonzalo Sánchez Candenas, Carlos Sánchez Gómez y Silvia Segarra Lagunes. Con muchos comparto además la pasión por las imágenes antiguas. El conocimiento de ellas y la incansable búsqueda de Javier Piñar, Eduardo Páez y Carlos Sánchez me ha facilitado muchas de la que se reproducen en este libro. Vivimos un tiempo en el que es muy fácil acceder a imágenes actuales de casi todos los sitios visitados en estas páginas, permite eso optar por dar prioridad a las del pasado, menos accesibles y con mayor interés para documentar elementos y situaciones que ya no existen. Considero que en un libro de historia del jardín eso es además muy adecuado.

Es además un obligado placer agradecer al personal de los archivos consultados, especialmente el de la Alhambra, el Municipal de Granada y el del Museo Casa de los Tiros, su ayuda y amabilidad.

El libro ha sido posible gracias al estímulo inicial recibido de la directora de la editorial de la Universidad de Granada, María Isabel Cabrera García, al que felizmente se sumó el director del Patronato de la Alhambra y el Generalife, Rodrigo Ruiz-Jiménez Carrera. El concurso de las instituciones que representan, a las que desde mis inicios como investigador me he sentido ligado, ha permitido que vea la luz. Si es cierto que los libros no son responsabilidad exclusiva del autor de los textos y deben mucho al buen hacer de sus editores, lo es aún más cuando, como ocurre aquí, se trata de una obra que por el tema tratado necesita de un abundante aparato gráfico y que además requiere de la extensión propia de un trabajo teórico que en grandísima medida toca aspectos inéditos. Es por todo eso una agradable obligación acabar estas líneas introductorias manifestando a ambos mi agradecimiento.

SECCIÓN I

**HISTORIA PAISAJÍSTICA
DE LA ALHAMBRA**



LOS JARDINES DE LA ALHAMBRA Y SU ENTORNO. ANTECEDENTES A SU ESTUDIO

Los jardines son un producto cultural extraño. Rosario Assunto señalaba su carácter paradójico al ser *arte de la naturaleza*; se trata en efecto de una aparente contradicción en los términos, son un artificio humano que utiliza elementos naturales vivos y cambiantes, fruto de un pacto que debe respetar los condicionantes genéticos de los vegetales, aunque sea forzándolos a comportarse de forma muy diferente a la propia de su estado natural. Construcciones que se mueven, que cambian de forma; lo que es más notable en los que han tenido largo tiempo de existencia, los jardines históricos. Al ciclo anual de las estaciones, que ya de por sí los hace cambiar, se superpone el avance de los años, las plantas florecen, se agostan, pierden las hojas con el frío o dan fruto, pero también crecen, cobran o pierden protagonismo a lo largo de los años, llegan a estados en que es muy difícil reconocer la situación de partida, lo que era un prado puede llegar a ser un bosque, incluso sin perder el mantenimiento cotidiano, incluso sin que haya por sus cuidadores una intención de cambio, a veces de forma imperceptible, mínimos cambios añadidos a mínimos cambios. Por otra parte, el jardín es un objeto frágil, puede desaparecer con facilidad, se somete a los vientos de las modas o a los variables hábitos de trabajo de los jardineros. Está inevitablemente sometido al tiempo, es imposible mantenerlo inmutable; en la mayoría de los casos ni siquiera se pretende esa inmutabilidad. El tiempo suele ser aliado del jardinero que planta sabiendo y esperando que las plantas crezcan.

Pero hay otro tiempo en los jardines históricos, el de la cambiante mirada que se proyecta sobre ellos. Cada época reinterpreta los jardines del pasado. Si en el siglo XIX los jardines islámicos se veían como la manifestación de una cultura amante del lujo y los placeres, a mediados del siglo siguiente se interpretaban como construcciones que buscaban la delicada reflexión filosófica, la meditación trascendental o transmitir mensajes religiosos. El tiempo del jardín viene también marcado por el curso de la historia, por las diversas ideologías de cada época. Si cada jardín tiene su propia historia, las miradas que a lo largo del tiempo lo han contemplado tienen también su propia historicidad. De manera que un mismo jardín es la suma de cientos de jardines, el que fue en su origen, los múltiples que ha sido, tan distintos, a lo largo de su vida, los que en cada época del pasado se ha imaginado que eran o podían haber sido. Y eso es más relevante en jardines como los de la Alhambra que acumulan siglos de existencia.

Los jardines de la Alhambra y el tiempo

Grafos, ca. 1910,
*Alhambra. Exterior de
la Mezquita* (detalle).
Colección JTR

La Alhambra es un territorio paisajístico que ha sufrido el doble efecto del tiempo que hemos señalado. En sus huertos, jardines y bosques la mano del hombre ha construido y destruido, añadido o quitado plantas, trasladado fuen-

tes, cambiado el trazado de los caminos y los materiales con los que se han pavimentado, asolado casas para plantar sobre sus ruinas o, al contrario, levantado palacios donde hubo huertos. Pero también ha conocido diferentes maneras de ser vista y vivida. Las personas cultas del siglo XIX la imaginaban originada por un pueblo terrible en la guerra y delicado en su vida privada, cruel con las personas y amante de los placeres sutiles en los jardines. Un siglo más tarde se contemplaba su pasado como idílicamente ecológico, en donde los jardines no eran improductivos y se mezclaban en ellos plantas comestibles y ornamentales, inventando improbables cultivos de berenjenas y alcachofas en los patios de los palacios. Es inevitable, cada presente dibuja un pasado que le resulta comprensible, adecuado a su manera de pensar. La visión del pasado se articula volcando en él lo que desde el presente se considera posible. De la inmensidad de posibilidades del desconocido pasado, cada presente selecciona lo que le resulta más favorable para su interpretación, a veces incluso dando por ciertas cosas que no existieron, generalmente leyendo de forma torcida lo que ve hoy o lo que encuentra en los textos del ayer. Es necesario señalar que en cada época ha habido una mirada dominante, comúnmente aceptada por casi todos, pero no siempre ha sido la única. Ciertamente no todas las mentes de una misma época pensaban de la misma forma, pero todas, incluso las más divergentes, eran propias de su tiempo.

El hoy al que pertenecemos conoce el esfuerzo de intentar leer los documentos del pasado dejando que sean, fundamentalmente ellos mismos, los que nos digan qué pasaba en aquellos jardines, cómo eran en realidad, intentando que nuestra mirada actual contamine lo menos posible la lectura, aún a riesgo de admitir que hay muchas cosas que ignoramos, amplias lagunas en la documentación. En el fondo saber que hay sitios, épocas, sobre los que tenemos amplias dudas es un estímulo para la investigación y, por qué no admitirlo, forma parte del misterio que impregna el pasado de los jardines. La nueva forma de pensar reconoce el papel del tiempo en los jardines, respeta la importancia de sus orígenes, cuando comenzaron a existir; pero si antes se valoraba casi solo su etapa nazari, nosotros valoramos también lo ocurrido después, las sucesivas transformaciones, los nuevos jardines incorporados en los cinco siglos posteriores a la conquista, las aportaciones de las gentes que la habitaron más recientemente, incluso lo que se hace en la actualidad.

La Alhambra: el paisaje estudiado (Historiografía de sus jardines y su territorio)

Reconozcámoslo desde principio, sobre los jardines de la Alhambra se ha escrito bastante pero se ha investigado poco. Invitamos como muestra a comparar la bibliografía disponible en torno a los jardines de la Alhambra con la existente sobre Pompeya, Bóbolí, Versalles o Central Park, por poner ejemplos distintos en tamaño, significado y época, pero equiparables en su trascendencia histórica y cultural. Los jardines de la Alhambra apenas se hacen un hueco en tratados más amplios sobre el monumento y sus construcciones. Ocurre desde el siglo XIX en cuyos textos clásicos se les dedicaban escasas páginas; casi siempre aún menos, breves frases. En contados casos excepcionales encontraremos un mínimo capítulo que desarrollaba poco saber vestido de bellas palabras. Lo manifestaba un texto de Emilio García Gómez, uno de los fundadores del arabismo científico español del siglo XX:

¡Qué diluvio de literatura, buena y mala, sobre el vergel musulmán! Incluso los libros dedicados a jardinería árabe, cuando no son simples colecciones de fotografías, son nada más que literatura. Pero a mi entender, casi todas estas

obras adolecen de un error de principio, que es partir de la estructura actual de los jardines orientales (García Gómez, 1947, pág. 3)¹.

La afirmación respondía a una convicción de su época: no era posible conocer el pasado de los jardines porque, al contrario que los edificios, su estado inicial no había dejado huella y todo lo que se veía en ellos era posterior. En el fondo era un avance, pues en el siglo XIX no se planteaba ese problema, simplemente la mayoría pensaba que casi todo lo que se veía en la Alhambra era medieval, como si los jardines fueran inmutables. Era inevitable que esa forma de pensar del siglo XIX no durara mucho y cuando los estudios avanzaron se dio paso a la opinión contraria: todos los jardines que había en la Alhambra eran modernos y sustituían con su presencia a los originales islámicos. Esta convicción se presentaba al principio de forma tímida y contradictoria, pero acabó imponiéndose al avanzar el siglo XX. No es de extrañar por eso que el mayor estudioso de la Alhambra, Leopoldo Torres Balbás, no hablara nunca de sus jardines. Aun siendo como era un tema que personalmente le resultaba muy cercano, pero como creador y amante de ellos, no como historiador². La justificación puede entenderse en su confesión de impotencia para analizar sus restos materiales:

Es relativamente fácil distinguir en el Generalife las construcciones musulmanas de las posteriores cristianas, pero muy difícil llegar a determinar cuáles son las trazas que se conservan de sus jardines anteriores a la Reconquista. Tan solo las descripciones antiguas nos pueden guiar en esa investigación... (1939, p.443).

De alguna manera la visión de Torres Balbás era compartida por Francisco Prieto-Moreno, autor del primer libro específico sobre los jardines de Granada, en gran medida dedicado a los de la Alhambra y el Generalife (Prieto-Moreno, 1952). El análisis de Prieto se realizaba sobre la realidad presente de los jardines y lo poco que apuntaba sobre su pasado eran hipótesis poco consistentes muy mediatizadas por el pensamiento del autor y del momento en que escribe. En la práctica consideraba que en los jardines el estudio histórico era inútil, la realidad del presente era tan fuerte y su sentido espiritual tan predominante que sería erróneo acercarse a ellos con el rigor del científico.

La sistemática naturalista y escueta con que fueron trazados [los jardines hispanomusulmanes], rebasa los formalismos representativos para crear estados de espíritu a nivel individual... por esa razón estos jardines no pueden considerarse como vestigios del pasado, sometiéndolos a un científico estudio arqueológico (Prieto-Moreno Pardo, 1975, p. 4).

Evidentemente esas visiones no podían mantenerse durante mucho tiempo y el análisis riguroso de los jardines de la Alhambra se iría abriendo camino. Paradójicamente, fue poco antes de que Prieto-Moreno escribiera ese texto cuando Jesús Bermúdez Pareja había excavado el Patio de la Acequia del Generalife aportando por primera vez buenos datos de cuál había sido el trazado y la forma de un jardín del tiempo de los nazaríes³.

1 El texto de García Gómez, publicado inicialmente en 1947 en *ABC*, puede consultarse también en la recopilación *Silla del Moro y nuevas escenas andaluzas* (1948, 1978 p. 71).

2 Sobre Torres Balbás y los jardines tratamos en diversos lugares de este libro. Para mayor detalle véase Tito Rojo, 2011b, “Leopoldo Torres Balbás, jardinero”, y 2019, “Dos impulsos de modernidad en los jardines de la Alhambra: Rafael Contreras y Leopoldo Torres Balbás”.

3 Realizado a raíz del incendio del Generalife de 1958, fue publicado en *Cuadernos de la Alhambra* (Bermúdez Pareja, 1965).

CLIMA, MEDIO FÍSICO Y PATRIMONIO JARDINÍSTICO

GRANADA ESTÁ SITUADA EN LA CONFLUENCIA DE las montañas de Sierra Nevada y la amplia vega del río Genil y sus afluentes. Su asentamiento original, en la colina del Albaicín, le permitía la seguridad de estar en un promontorio fácil de defender y la cercanía a los terrenos propicios al cultivo, el estrecho valle del Darro y la llanura de la Vega. El crecimiento inicial siguió esa tónica de ocupación de las colinas y sólo con la expansión de la ciudad, tras la refundación zirí, avanzó hacia la Vega creando un nuevo núcleo urbano. La tendencia de crecimiento se reforzó con los nazaríes y luego con la ocupación cristiana que, definitivamente, dejó marginales las colinas.

La Alhambra se construyó en una cumbre sensiblemente aplanada, con cotas interiores oscilantes entre los 765 msnm del punto más bajo, el Patio de Machuca, y los 790 del más alto, la explanada del Secano. Como referencia respecto a la ciudad, la cota de Plaza Nueva es 690. Fue modelada en su interior con amplias terrazas que regularizaron sus desniveles y permitieron el asentamiento de construcciones y cultivos.

Los materiales geológicos pertenecen a la formación denominada Conglomerado Alhambra, potentes sedimentos de aluvión generados hace cinco millones de años con arcillas ricas en hierro y cantos pétreos de muy diversos tamaños procedentes del arrastre de los materiales de la montaña. Desde el punto de vista de los cultivos se comporta de manera muy heterogénea, existiendo zonas con diverso pH y, aunque la reacción es generalmente básica, pueden encontrarse islotes ácidos que posibilitan que, de forma esporádica, puedan prosperar especies de ese tipo de suelos.

Granada, como todo el sur de España, tiene un clima mediterráneo, caracterizado por la escasez de lluvia en los cálidos meses de verano. Es una circunstancia dura para los vegetales que se encuentran con falta de agua precisamente cuando más la necesitan, cuando el crecimiento se ve estimulado por la alta temperatura. Para cultivar en ese clima es preciso regar, aportando artificialmente el agua que no cae del cielo. Lo que es más necesario cuando, como ocurre en Granada, el total de lluvias anuales es escaso; las precipitaciones anuales, en datos de la Agencia Estatal de Meteorología para los últimos 30 años, son de 450 mm. Los huertos y jardines de la Alhambra y el Generalife existen gracias al agua del río Darro que se canaliza hasta ellos por la Acequia Real. Esas aguas permiten también la presencia de los bosques que rodean la fortaleza, una masa de caducifolios que no sería posible con el exclusivo aporte de las lluvias, aunque está favorecida por el microclima de las vauadas.

La ciudad de Granada es la más fría de las capitales andaluzas. Las alturas de Sierra Nevada le impiden el influjo benigno del mar y durante los meses de invierno la media de las temperaturas mínimas se acerca a los cero grados, sin ser raras las secuencias de días bajo cero. Eso ha tenido un reflejo en la flora de sus jardines que se ha mantenido al margen de la creciente tropicalización de ciudades vecinas como Almería, Málaga, Córdoba o Sevilla. Aunque la incorporación de novedades se ha producido, en general la flora jardinera de Granada se ha mantenido muy estable, favoreciendo la conservación del aspecto de sus jardines históricos. Sus especies predominantes siguen siendo las que pueden soportar la barrera climática que suponen los meses de frío y las heladas.





ARRIBA

Alfred Guesdon, 1853, *Granada*.
*Vista tomada desde encima de la plaza
de toros. En L'Espagne a Vol D'Oiseau*

Imprenta F. Delarue, Paris

ABAJO

Panorámica actual. A la
izquierda el Generalife y la
Alhambra, a la derecha la colina
del Albaicín. Al fondo la ciudad
llana.

Foto César Rodríguez Campos



A falta de estudios específicos, los textos que aportan luz sobre los jardines serán, durante mucho tiempo, los generales sobre el monumento, por otra parte insustituibles para conocer el contexto en que se sitúan. Destacan los trabajos clásicos de Gómez-Moreno y Torres Balbás, en gran medida recogidos en *La Alhambra* de Gallego Burín, escrita seguramente antes de 1936 pero publicada de forma póstuma en 1963⁴. El libro de Gallego Burín tenía como valor añadido nuevas aportaciones y el apoyo sistemático en material de archivo, marcando con claridad el nivel del conocimiento sobre el sitio antes de la proliferación de estudios de las últimas décadas. En el caso de los jardines el punto de partida sería, en sus diversas ediciones, el libro *Jardines de Granada* de Francisco Prieto-Moreno (1952, 1973, 1983). Se condensan en él una serie de ideas que de forma difusa se habían apuntado por diversos autores con anterioridad, el jardín islámico -y de la Alhambra- como construcción espiritual, el sutil uso del agua sin las “estridentes” del jardín europeo, los cultivos mezclando por igual plantas útiles y ornamentales⁵. Tópicos que, aun sin tener explícito apoyo documental, gozaron de fortuna y se repitieron en infinidad de autores convirtiéndose en paradigmas que no había que demostrar y que se presentaban como evidentes.

Los años que siguen a 1980 abren una nueva etapa donde se producen nuevos tipos de estudios, sobre al-Andalus en general y sobre la Alhambra en particular. Se trataba sobre todo de nuevas lecturas de los edificios, de la aparición de abundantes restos materiales en campañas arqueológicas y de traducciones y estudios de textos árabes que aportarán sobre los jardines continuas novedades en datos e interpretaciones. Valga como ejemplo que la monografía sobre el agua de Basilio Pavón Maldonado (1990) ofrece una visión sobre los jardines andalusíes que se separa ya con claridad de los tópicos establecidos por Prieto-Moreno⁶. Criterio que, desde un ángulo bien distinto, había tenido como precedente el estudio de textos que publicó Rubiera Mata en 1981.

En el caso concreto de la Alhambra puede considerarse el trabajo de Antonio Orihuela Uzal sobre las casas y palacios nazaríes (1996) como el punto de inflexión que abrió el camino de posteriores estudios. Realizó allí una doble tarea, la revisión historiográfica meticulosa, que sirve para situar el conocimiento previo disponible para cada uno de los casos que estudia, y un atento análisis de la realidad actual de los palacios como fuente de información de su trayectoria a lo largo del tiempo. Sin duda es la precisión con que trabaja, incluyendo su abundante y cuidada planimetría, lo que convierte su trabajo en un clásico de la nueva etapa de la historiografía alhambrena. La arquitectura como palimpsesto que acumula información de sus diferentes pasados es también visible en los diversos trabajos de Antonio Almagro Gorbea, como Orihuela Uzal arquitecto de la Escuela de Estudios Árabes del CSIC. Uno de los aspectos que caracteriza esa

4 En el prólogo de su hijo, Antonio Gallego Morell, se da como ya terminada en 1940. Todas sus referencias bibliográficas son anteriores a 1932, salvo la *Guía de Granada* del propio autor, iniciada en 1938. La *Guía* se comenzó a publicar como suplemento de *Cuadernos de Arte* de la Universidad de Granada y ha conocido desde entonces múltiples ediciones.

5 Apenas se pueden apuntar como antecedentes de la visión de Prieto-Moreno algunas frases de Forestier (1915) y Georges Marçais (1927) y el sentido no siempre explícito de diversos artículos de García Gómez en *ABC*, recogidos luego en su *Silla del Moro* (1948). El mismo tenor con que escribe Prieto se encuentra en el texto de igual fecha del *Manifiesto de la Alhambra* (1952) lo que indica que su visión era compartida por muchos autores con predicamento en la cultura española de entonces.

6 Es necesario decir que esos tópicos continúan en gran medida siendo la base sobre la que se construye el imaginario del “jardín islámico”, con independencia de que sus planteamientos hayan sido ya superados por las recientes investigaciones.

nueva etapa es el interés hacia la Alhambra de los investigadores de la Universidad de Granada. Si hasta esa fecha fue escasa la atención de sus profesores al monumento -con notables excepciones como Jesús Bermúdez Pareja y Antonio Fernández Puertas, desde la historia del Arte, o Darío Cabanelas, desde el arabismo-, cada vez más la atención a la Alhambra se abrió paso en la Universidad, reconociendo en esa apertura el estímulo que supuso la aparición de estudios de notables investigadores foráneos, cuando no extranjeros. Un cambio de rumbo en la Universidad local que rompía con la preponderancia casi exclusiva de estudios sobre el barroco que, con independencia de su importancia, significaban una cierta minusvaloración del arte islámico. Sin olvidar el pionero trabajo de Álvarez Lopera de 1977, es significativo que uno de los estudios que marca el cambio de tendencia, la memoria de licenciatura sobre la restauración de la Alhambra en el siglo XIX de José Manuel Rodríguez Domingo (1996), se fechara el mismo año de publicación del libro de Orihuela Uzal.

En los últimos años se cuenta ya con una buena cantidad de trabajos que al tiempo que analizan la Alhambra ofrecen buena información sobre el pasado de sus jardines⁷. Algunos de ellos son obras generalistas (Díez Jorge, 2006), especialmente útiles los apoyados en el registro arqueológico (Malpica Cuello, 2002 y 2007), otros tratan aspectos parciales como el urbanismo (Díez Jorge, 2015), la epigrafía (Puerta Vílchez, 2010) o el territorio (García Pulido, 2013). Quizás la mayor novedad reciente haya sido el estudio de periodos concretos de la vida del monumento, con documentadas monografías sobre momentos especialmente importantes: la época de los Reyes Católicos (Vilar Sánchez, 2007) o el siglo XVI (Galera Mendoza, 2014), que tenían como antecedente la revisión de documentos que publicó López Guzmán (1993) y que se sumaban al anterior de Viñes Millet (1982), especialmente centrado en el siglo XVIII. La publicación de material de archivo ha sido en los últimos años notable. De entidad similar son los estudios sobre destacados responsables de la Alhambra, no solo de los primeros tiempos cristianos, como el Conde de Tendilla (López Guzmán, 2016)⁸, sino también, lo que desde el punto de vista del jardín ofrece más datos, sobre los arquitectos de la Alhambra en los últimos dos siglos, en la etapa romántica (Barrios Rozúa, 2016), el singular caso de Rafael Contreras y su familia (Serrano Espinosa, 2014), los restauradores (Álvarez Lopera, 1977, Rodríguez Domingo, 1996) y los que han caracterizado gran parte del siglo XX, Leopoldo Torres Balbás (Vílchez Vílchez, 1988)⁹ y Prieto Moreno (Romero Gallardo, 2014). Y se han añadido nuevos territorios de documentación, a las lecturas de legajos de archivo o textos de cronistas, viajeros o eruditos, se ha sumado la consideración de grabados y fotografías como testigos del pasado, si hasta hace poco eran solo

7 La cantidad y calidad de los trabajos de los últimos años ha cambiado el nivel de conocimiento de la Alhambra. Las líneas que siguen y las obras que se citan son una mínima referencia que, lógicamente, se centra en los más útiles por su información sobre los jardines, aunque es obvio que en muchas otras publicaciones se pueden encontrar argumentos que aportan luz sobre aspectos concretos.

8 Sin olvidar que los estudios sobre el XVI son habituales en diversos investigadores (Barrios Aguilera, Peinado Santaella...) en muchas ocasiones relacionados directamente con la Alhambra de ese periodo.

9 Este arquitecto ha sido, por su relevancia en la configuración de la Alhambra que conocemos, el único estudiado desde hace tiempo. Sobre sus trabajos en la Alhambra siguen siendo imprescindibles los excelentes trabajos sobre sus restauraciones y biografía de Carlos Vílchez (1988, 1997) a los que se han sumado diversas publicaciones. Destacamos como mínimas referencias: Muñoz Cosme, 2005; Esteban Chapapría, 2012; Villafranca Jiménez y Fernández-Baca Casares (eds.), 2013.

bellas ilustraciones que salpicaban los textos para hacerlos más amables, ahora han pasado a ser fuentes de información que tienen, en muchísimas ocasiones, datos que no se encuentran en otro sitio¹⁰. Considérense estas referencias como mínima reseña de un conjunto mucho más amplio, que afortunadamente se extiende a disciplinas muy variadas, destacando que cada vez más los estudios se apoyan en la documentación de archivo¹¹.

Panorama similar se ha producido en el campo específico de los jardines. Aunque los de la Alhambra siempre fueron motivo de admiración, en general la atención a los edificios dejaba escaso lugar a los jardines. No asombra que en la magna obra de los académicos de San Fernando, que en la segunda mitad del siglo XVIII midieron y dibujaron la Alhambra con sumo detalle, el jardín aparezca solo cuando es inevitable, en algunos de los planos incluso con trazados contradictorios¹². El Romanticismo, en coherencia con sus presupuestos ideológicos, va dándole mayor importancia, pero la norma en todo el siglo XIX será su escasa atención. Se le considera ingrediente fundamental, que aporta magia y ambiente, pero no objeto de estudio. Será el naciente regionalismo de finales de ese siglo el que comience a producir textos específicos sobre los jardines de la Alhambra, con la figura de Santiago Rusiñol como máximo exponente, no tanto de los estudios, como de ese cambio de mirada. Una mayor valoración que, sin embargo, deberá esperar a la obra de Prieto-Moreno para que el jardín se convierta en motivo central de un estudio amplio¹³. Como en el estudio general de la Alhambra, serán las últimas décadas las que hayan aportado acercamientos específicos ya desde criterios más rigurosos. Será en este aspecto pionero el citado trabajo sobre el Generalife de Bermúdez Pareja (1965), primero de los artículos en los que la arqueología de un jardín ofrece datos sobre su pasado; pero habrá que esperar a los 90 para que sean significativos los avances en el conocimiento de los jardines de la Alhambra, significativamente paralelos a los referidos al jardín andalusí o, en general, islámico. Sobre este último, el libro editado por Attilio Petruccioli (1994) significó un hito en gran medida iniciático de la mirada rigurosa que se sucedería en los trabajos de Douglas Fairchild Ruggles (2008) y de Luigi Zangheri y sus colaboradores (2006). Ruggles es también autora del excelente *Gardens, Landscape, and Vision in the Palaces of Islamic Spain* (2000), que ya abordaba los jardines andalusíes desde parámetros nuevos, destacando además su relación con el paisaje. Mientras en la mayoría de los libros sobre jardines publicados fuera de España las referencias a los andalusíes demuestran un escaso conocimiento de los autores, anclados en bibliografías anticuadas o

10 Las investigaciones de Javier Piñar y Carlos Sánchez, en múltiples trabajos y catálogos de exposiciones, que serán repetidamente usados en nuestro estudio, son la mejor referencia. Con el prólogo de las exposiciones temáticas sobre imágenes históricas de diversos jardines de la Alhambra que comisariamos Javier Piñar y yo mismo.

11 Aunque el trabajo en archivos ha formado parte de nuestras investigaciones, nos beneficiamos obviamente de los nuevos estudios que se han hecho sobre ese material, ingente y muchas veces alejado de nuestras posibilidades de lectura especialmente cuando se trata de documentos que precisan conocimientos de árabe o de paleografía. Es preciso reconocer que en el caso concreto de nuestros estudios sobre el Generalife la presencia de Esther López Cruces como parte del equipo aportó el manejo de esos materiales y su transcripción.

12 Así el Jardín de Lindaraja aparece en la planta general de la Alhambra con un trazado diferente al de la planta detallada de la zona de palacios; además, en el primero hay un detalle de arabescos ausente en el segundo.

13 Sobre los detalles de la creciente y variada atención al jardín andalusí en ese tiempo cf. Tito Rojo y Casares Porcel, 2011, y más específicamente Tito Rojo, 2015a, 2015b y 2016. Sobre los planos de la Alhambra véase Gámiz Gordo, 2008.

de divulgación, los trabajos de Ruggles demuestran su buen conocimiento de la realidad de al-Andalus y sus novedades bibliográficas lo que, unido a su buen conocimiento general del jardín islámico y a su rigor, garantiza que el desarrollo de sus argumentos esté sólidamente asentado.

Una de las características más sobresalientes del conocimiento de los jardines andalusíes en los últimos años es la abundancia de excavaciones. Son infinidad las casas, palacios y territorios en los que han aparecido espacios cultivados, eso ha ampliado el número de tipos conocidos y en muchos casos corregido cronologías, conexiones y posibles influencias. De alguna manera pudo verse de forma global en las sesiones del seminario «Jardines de al-Andalus» organizado en 2005 por la Escuela de Estudios Árabes y la Universidad de Granada, con dirección de Julio Navarro Palazón y coordinación de Expiración García y José Tito. Reunió el evento a arqueólogos, arquitectos, arabistas e historiadores del jardín en varias jornadas de fructífero debate. La importante cantidad de aportaciones nuevas presentadas marca de forma clara el cambio del nivel actual de conocimientos¹⁴.

Centrado en los de la Alhambra el estudio global más amplio hasta la fecha es el capítulo “Los jardines de la Alhambra y su entorno” que Casares Porcel y yo publicamos en el libro *7 paseos por la Alhambra* (Proyecto Sur, Granada, 2007). Se trataba de una visión general que trataba los ejemplares más importantes; aunque relativamente extenso, no dejaba de ser una obra divulgativa. Sobre casos y aspectos concretos se han publicado ya, por otros autores y por nosotros, una buena cantidad de artículos que se pueden encontrar referidos a lo largo de este libro¹⁵. Señalamos aquí tan solo los referidos a aspectos más teóricos, características, historiografía y evolución (Tito Rojo y Casares Porcel, 2011; Tito Rojo, 2015a y 2015b) y los referidos a periodos concretos como el de los Austrias (Galera Mendoza, 2010) o el siglo XIX (Tito Rojo y Casares Porcel, 2013).

De los jardines de las colinas que rodean la fortaleza es obvio que el más estudiado ha sido el Generalife. Inseparable de la Alhambra, suele ocupar espacio en las obras sobre ella pero con frecuencia ha sido estudiado de forma autónoma. Ya a principios del siglo XIX Valladar Serrano pensaba dedicarle una amplia monografía; su muerte le impidió darla a la imprenta pero ya había sacado numerosas entregas parciales que eran un avance de lo que quedó inédito¹⁶. Fue Torres Balbás el primero en dedicarle en exclusiva un libro, *El Generalife* (1954), aunque se trataba en realidad de la reedición de un artículo anterior, por otra parte muy breve. Su relevancia como monumento jardinístico, no en vano es el más eminente ejemplo vivo de jardín andalusí, propició varios trabajos específicos, desde el divulgativo de Prieto Moreno (*El Generalife y sus jardines*, 1976) al más extenso, y de neta entidad investigadora, de Carlos Vilchez (*El Generalife*, 1991), incluso se cuenta con estudios en detalle de aspectos parciales, sus huertas (Hernández Bermejo y García Sánchez, 2015) o el pleito sobre su propiedad (Girón López, 1999 y 2008); sin contar los abundantes artículos publicados sobre él, algunos de ellos de nuestra autoría.

14 Lamentablemente las actas conocieron solo una edición limitada que fue entregada de forma exclusiva a los asistentes al seminario. Se conserva en la biblioteca de la Escuela de Estudios Árabes. Cf. Navarro Palazón, García Sánchez y Tito Rojo (eds.), 2005.

15 En ese libro incluimos una sección con varios artículos, específicamente dedicada al Generalife.

16 Publicadas en su revista *La Alhambra* y en otras diversas de distribución nacional. En el capítulo correspondiente al Generalife se encontrará su relación detallada.

Aunque no forman parte de este estudio, vale señalar que del resto de los jardines de la colina hay varios estudios. Sin duda los que mayor atención han recibido han sido los cármenes de los Mártires y de la Fundación Rodríguez-Acosta. Del primero hicimos nuestra tesis doctoral (Tito Rojo, 1997), gran parte de cuyas aportaciones se incluyeron en una monografía sobre este jardín (Quesada Dorador, Piñar Samos, Casares Porcel y Tito Rojo, 2002); del segundo hay un detallado trabajo de Rafael Moneo con extraordinarias fotografías de Francisco Fernández (*El Carmen Rodríguez-Acosta*, 2001) y otros de menor entidad. De los cármenes de Falla, de los Catalanes o de la Justicia hay también algunos textos, pero solo el primero tiene una monografía publicada (Orozco Díaz, 1970; reedición aumentada, Orozco Díaz y Navarro Linares, 1997).

La atención a los jardines ha ido acompañada de una creciente atención al paisaje. Aunque este aparece como referente desde el libro de Prieto Moreno (1952), puede considerarse pionero en la percepción paisajística de la Alhambra el trabajo de Pedro Salmerón (1997 y 2006). El paisaje como relevante en la construcción de los jardines es tema que trata Ruggles en sus trabajos ya citados y aparece con fuerza en recientes estudios sobre el territorio Alhambra. De ellos son imprescindibles los de Luis García Pulido, iniciados en su tesis doctoral (2008) y prolongados en varias de sus publicaciones (especialmente, García Pulido, 2011 y 2013), o la reciente recopilación de estudios sobre el Valle del Darro (Villafranca Jiménez y Chamorro Martínez, 2012). Muchos de los estudios sobre el paisaje tienen además datos interesantes sobre jardines concretos, así la mejor información sobre los Aljares se encuentra en los citados trabajos de Luis García Pulido sobre el territorio de la Alhambra, de la misma forma que en el reciente catálogo sobre *El paseo de los cármenes del Darro* (Piñar, Tejedor, Tito, Linares, Sánchez y Casares, 2016) hay datos interesantes sobre el Carmen del Granadillo y, en general, sobre los cármenes de esa zona.

La dimensión paisajística no se limita al entorno, se presenta también en el interior de la Alhambra¹⁷, la tiene su configuración urbana, las conexiones y tensiones entre lo construido y lo cultivado, sea huerto o jardín. La Alhambra considerada como ciudad no compactada de edificios, en la que intramuros había espacios urbanos libres, plazas, huertos, es un tema que cada vez más aparece en los estudios. Es, ciertamente, una de las diversas cuestiones abiertas y escasamente tratadas. Puede considerarse inicial el trabajo de Bermúdez Pareja posterior a las excavaciones de la Plaza de los Aljibes, lugar que considera como punto nodal del urbanismo alhambrense (Bermúdez Pareja, 1955). El trabajo se continúa en Bermúdez López (1987 y 2002), que aporta una visión global del trazado interior, especialmente en la zona de palacios. Aunque hay algún análisis de los tipos de ocupación, la atención de estos trabajos se centra casi exclusivamente en la delimitación del trazado urbano. En los estudios posteriores del parcelario alhambrense, la existencia de espacios cultivados en el interior de la fortaleza, sean jardines exteriores de las viviendas o huertos, suele deducirse en negativo pues son las casas el principal objetivo de los investigadores. Estudios del material

17 Más allá de que el jardín pueda considerarse como “paisaje”, como lo reflejan las directrices sobre la *Convención del Patrimonio Mundial* elaboradas por el Centro del Patrimonio Mundial de la UNESCO que lo incluyen como un tipo concreto de “paisaje cultural”. Entendemos que esa consideración puede ser operativa a nivel de protección y de elaboración de normativas, aunque en nuestra opinión se trata de una asimilación confusa y a su vez posible fuente de equívocos. En nuestra opinión, jardín y paisaje son realidades diferentes con una compleja red de interconexiones que varía en cada uno de los casos, desde que algunos jardines sean efectivamente paisajes a que haya paisajes generados por la existencia de jardines (el paisaje urbano del Albaicín, como ejemplo notable y cercano).

de archivo, especialmente los censos de población, o de los restos arqueológicos permiten hacerse una idea de la existencia de espacios libres intramuros (Viñes Millet, 1982; Peinado Santaella, 1998), cuando no a tener ya una buena idea de la estructura urbana con delimitación de usos del terreno y la configuración de barrios interiores y vacíos urbanos (Galera Mendoza, 2013; Díez Jorge, 2015).

Antecedentes en el estudio de la flora de los jardines de la Alhambra

Un tema imprescindible en los estudios de los jardines es el de su flora. Son abundantes ya los estudios sobre las plantas conocidas y usadas en al-Andalus¹⁸, que sitúa el catálogo posible en el monumento. Se parte todavía de una laguna importante para valorar su flora actual: no hay estudios globales de la fitocronología de los jardines españoles, con lo que no se conoce de forma clara la incorporación de flora ornamental a lo largo del tiempo¹⁹. Eso se traduce en la paralela ausencia de estudios sobre la flora histórica de la Alhambra, no sobre la actual, que es bien conocida, sino sobre las plantas que se usaron en sus diferentes pasados. Aun así, en el trabajo de García Montes (1997) se aportan fechas de introducción de las plantas que se cultivan en la Alhambra, pero no referidos a ella sino a Europa²⁰. El trabajo de Ramón-Laca Menéndez de Lurca (1999) sí se centra de forma específica en la Alhambra y, aunque se trata de un estudio sobre un periodo limitado de tiempo, los siglos XVI y XVII, es de extraordinaria ayuda al situarse en los momentos iniciales del periodo cristiano, bisagra fundamental en la historia paisajística de la fortaleza. Los únicos estudios arqueobotánicos publicados se refieren al Generalife, tanto al Patio de la Acequia (Casares Porcel, Tito Rojo y Socorro Abreu, 2003) como a sus huertas (Hernández Bermejo y García Sánchez, coords., 2015). Fuera de eso, todo se limita a reseñas en diversos trabajos sobre aspectos paralelos o datos sobre alguna planta concreta, como son los casos del arrayán morisco, recientemente dado a conocer por nosotros (Casares Porcel, Tito Rojo y González -Tejero, 2012), o del Cedro de San Juan del Carmen de los Mártires (Casares Porcel y Tito Rojo, 1998). La flora actual se recoge en la documentación generada por el Servicio de Jardines del Patronato de la Alhambra y el Generalife, que periódicamente censa meticulosamente la vegetación presente en jardines, huertas y bosques. Resumen de esos trabajos es la reciente publicación *Plantas de la Alhambra, 80 especies imprescindibles* (de la Cruz Márquez y García Montes, 2017).

18 Cf. como mínima referencia: Bustamante Costa, Corriente Córdoba y Tilmatine, 2004, 2007 y 2010; Carabaza Bravo, García Sánchez, Hernández Bermejo y Jiménez Ramírez, 2004; Hernández Bermejo, García-Sánchez y Carabaza Bravo, 2012.

19 Este tipo de estudios es notable en el caso de Inglaterra, con precedentes en la atención a su flora ornamental tan notables como Miller (1797) o Loudon (1838). Como referencia reciente, aunque no sistemática, cf. Hobhouse (1994). En Inglaterra se ha llegado a usar la fitocronología como recurso en la restauración de jardines y ha habido atención específica incluso a su periodo medieval, con los trabajos ya clásicos de Harvey (1981, 1988). En Francia hay numerosas publicaciones sobre periodos concretos y la moda del jardín medieval ha propiciado amplia bibliografía específica (cf. por ejemplo, Botineau, 2001). En Italia existe una fitocronología, aunque realizada atendiendo exclusivamente a la presencia de las plantas en un elenco de libros, por otra parte muy limitado (Maniero, 2000). En España el tema ha propiciado estudios parciales pero la única fitocronología integral es la que hizo Colmeiro en el lejano 1885, obviamente, a pesar de su indudable valor, insuficiente y anticuada.

20 En la mayoría de los casos las fechas están tomadas de obras inglesas, que se refieren a la introducción en su isla, con lo que no son válidas para la Alhambra, aunque sí ofrecen un útil marco de referencia.

La mínima revisión historiográfica que hemos realizado aquí se completa con las referencias que se utilizan en los diferentes capítulos, a las que remitimos para tener mejor idea de la situación actual de las investigaciones sobre el territorio de la Alhambra y sus jardines. He renunciado en este libro a hacer una fitocronología general de la Alhambra, tema que sale fuera de mi objetivo aquí, pero en cada jardín he atendido a la evolución de su flora, componente básico de sus diferentes etapas.

Adenda:

Esta revisión historiográfica corresponde a la fecha en que el texto se entregó para su publicación. En el tiempo transcurrido ha habido nuevas aportaciones, de ellas me parece imprescindible señalar el libro *Jardines de la Alhambra* de María del Mar Villafranca Jiménez y Juan Domingo Santos (2022, Comares, Granada) y dos trabajos míos, *Los primeros jardines de la Alhambra (1238-1314). Una hipótesis paisajística* (2023, Real Academia de Bellas Artes de Granada, Granada) y *Los jardines del Carmen de los Mártires* (2023, Ayuntamiento de Granada, Granada).

LA ALHAMBRA, UNA HISTORIA JARDINERA

Durante cerca de ocho siglos, parte de la Península Ibérica estuvo ocupada por el islam. Fue un proceso heterogéneo, en lo territorial y en lo cultural. Tras la llegada de los primeros musulmanes en 711 se sucedieron profundos cambios en la estructura política y en la extensión del territorio ocupado que, con independencia de su variable tamaño, conocemos como al-Andalus. Baste para señalar la profundidad de los cambios algunos momentos extremos: la unificación bajo los omeyas, primero como sultanato, luego como califato, las diversas disgregaciones del poder en pequeños territorios independientes, los conocidos como Reinos de Taifas o la dominación de dinastías norteafricanas, almorávides y almohades, con fases de asimilación política de al-Andalus con el norte de África.

El avance de las conquistas de los reinos cristianos del norte de la península tuvo un hito en la primera mitad del siglo XIII, momento en que el territorio islámico quedó reducido al Reino Nazarí de Granada (1238-1492) que correspondía en los momentos de mayor expansión, de forma aproximada, a las actuales provincias de Granada, Málaga y Almería más partes de Jaén y Cádiz. Tuvo su antecedente, con una superficie menor, en el Reino Zirí de Granada (1013-1090). Los apelativos del reino, zirí y nazarí, aluden a las dinastías que ejercieron el poder. La Guerra de Granada (1482-1491) terminó con la conquista del reino y la toma de la ciudad por los Reyes Católicos lo que ponía fin al periodo andalusí²¹. Formalmente, desde el punto de vista jurídico, el Reino de Granada continuó existiendo en tiempos cristianos, desapareciendo finalmente con la remodelación territorial de España de 1833.

La Alhambra, tal y como hoy la conocemos, empezó su andadura el mismo año de 1238, origen del Reino Nazarí, cuando la ciudad fue ocupada por el sultán de Arjona, Muhámmad ibn Nasr (Muhámmad I) y pasó a ser capital del nuevo reino. Los palacios que encontró estaban en el núcleo de la antigua ciudad, él prefirió construir una ciudad palatina propia, la Alhambra, extramuros de Granada, en lo alto de la colina de la Sabika frente a la Alcazaba Vieja, hoy denominada como Albaicín²². El río Darro es el eje que separa esas dos colinas, al norte la del Albaicín y al sur la de la Sabika²³.

21 La entrada de los cristianos en la ciudad de Granada se produce el dos de enero de 1492, año que convencionalmente se usa como último del Reino Nazarí. Las capitulaciones que dieron fin a la guerra de Granada se firmaron a finales de 1491.

22 El Albaicín era en la Edad Media un arrabal creado a finales del periodo nazarí, al norte de la Alcazaba Vieja. El término tuvo fortuna y a partir del siglo XIX comenzó a aplicarse a zonas cada vez más amplias. Hoy se entiende como Albaicín toda la colina, desde el río Darro y la calle Elvira hasta la cumbre, territorio que en época nazarí correspondía a la Alcazaba Cadima (Vieja) y a diversos arrabales.

23 Sobre la historia urbana de Granada pueden consultarse, como mínimas referencias, el estudio clásico de Bosque Maurel (1962, 1988) o los más recientes de Barrios Rozúa (2002)

Sobre el Reino Nazarí y su fortaleza palatina de la Alhambra hay abundante bibliografía. Nosotros esbozamos aquí una historia centrada en los aspectos que tocan a la evolución del paisaje, marco desde el que será posible desarrollar el estudio detallado de los jardines que se encuentran en ella y su entorno inmediato.

En cada uno de los periodos que hemos establecido hacemos un análisis de los cambios generales en la fortaleza y de la evolución de su paisaje, relacionándolos con los jardines de ese tiempo y dando detalle de sus diferentes tipos. En los jardines de la Alhambra y su entorno ha existido a lo largo del tiempo una serie de formas, trazados, vegetales, recursos, que se han sucedido de forma compleja y heterogénea, a veces con rupturas profundas, a veces avanzando lentamente y mezclándose con las precedentes. En ese panorama es posible considerar una serie de tipologías que han sido características en diferentes periodos.

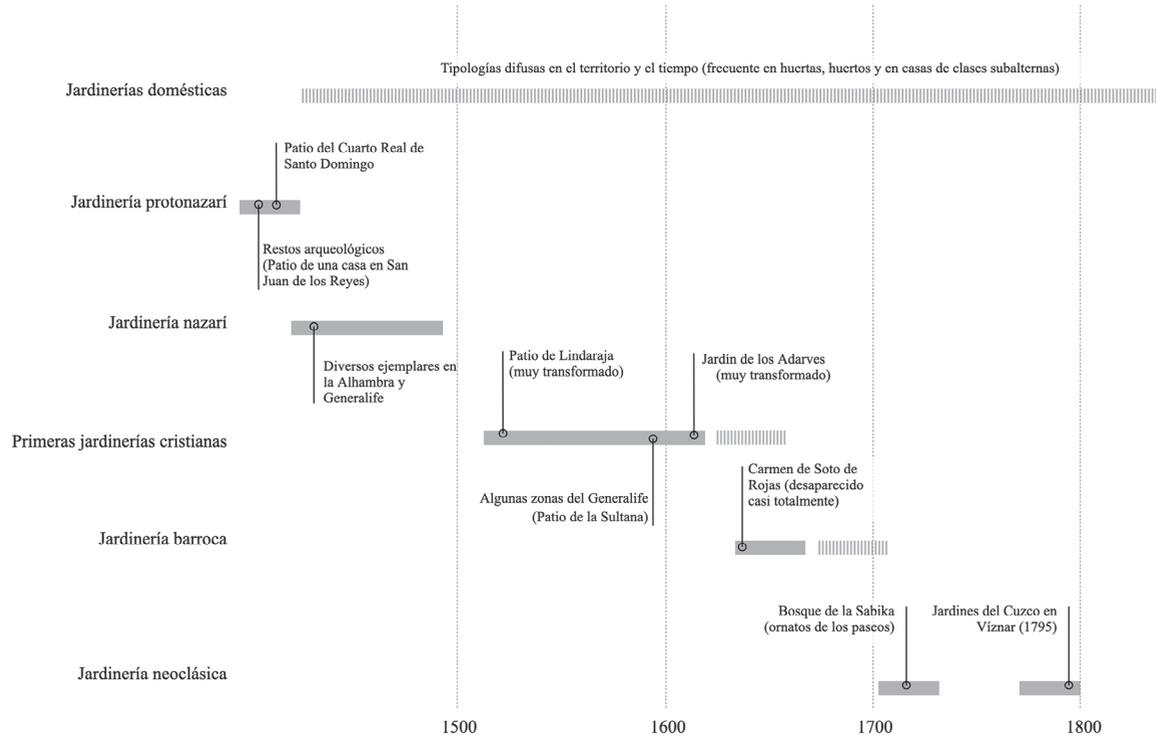
El término “tipologías” debe entenderse como una convención que busca facilitar la comprensión y permite adscribir los cambios a una línea temporal. Las denominaciones que usamos para ellas están tomadas de los términos habituales en “historia del jardín” o en “historia del arte”. Optamos por hacerlo así para permitir su identificación temporal y evitar la tentación de considerar los jardines de la Alhambra como aislados de lo que ocurría fuera de ellos, como si fueran portadores de un “estilo” propio. Aunque ciertamente tienen características singulares no han sido ajenos a los grandes cambios sociales y culturales que afectaron a los jardines de otros territorios, a veces lejanos. Se aprecia cómo, a lo largo del tiempo, las modas jardineras influyeron en la Alhambra, aunque lo hicieron adaptándose a su peculiar realidad, que aparece marcada por múltiples factores, como lo eran la estricta geometría de algunos espacios, notable sobre todo en los patios, o la fortaleza de la jardinería allí consolidada que implicaba una fuerte resistencia al cambio. Todo ello favorecido por la decadencia económica y la situación periférica de Granada que, por su lejanía de los centros de producción y difusión de modas, ralentizaba la incorporación de novedades. Lo advertía así una fina autora inglesa al escribir sobre los cármenes:

Por suerte para el amante de los jardines, España es un país donde, fuera de la capital, las modas cambian despacio. Esto hace que [en Granada], con el conservadurismo natural de la gente, reforzado por el estado medieval de los caminos, los artesanos estén todavía retrasados un siglo o más respecto a sus colegas de provincias más accesibles.²⁴

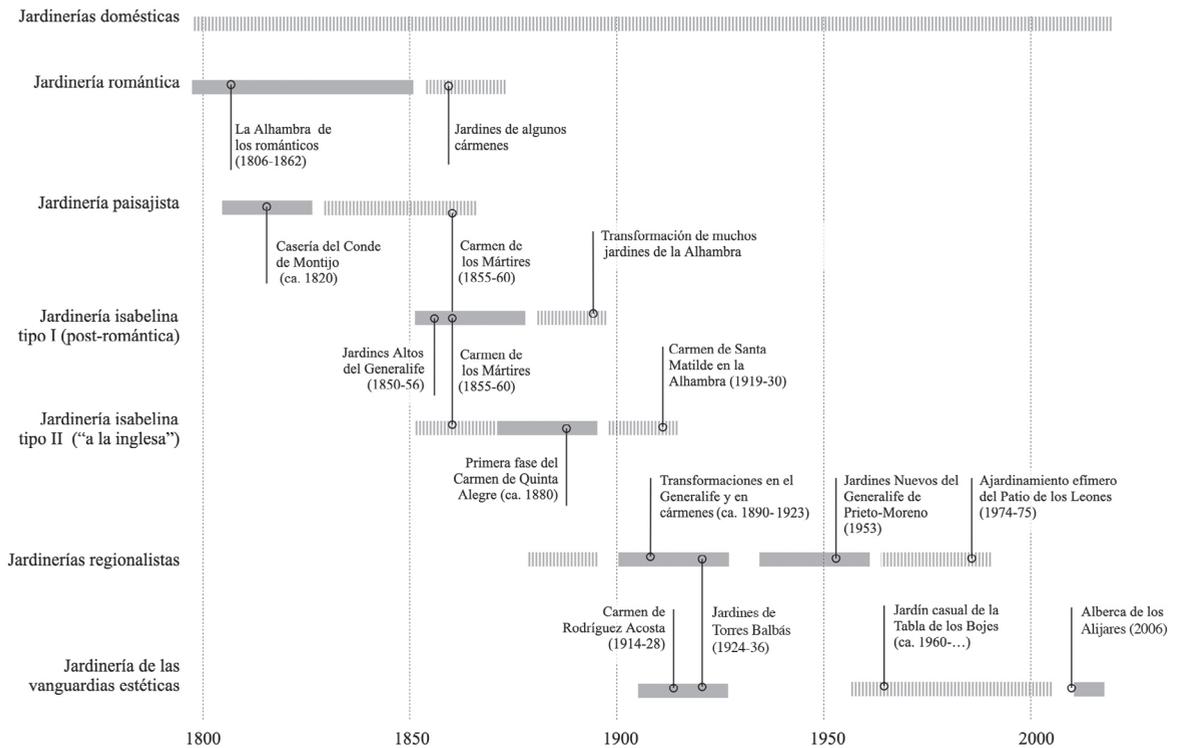
Antes de analizar las tipologías presentamos en los cuadros adjuntos una línea de tiempo en donde se indican los periodos de vigencia de cada una de ellas, caracterizándolas con algún ejemplo notable, tomado siempre que es posible de la propia Alhambra y su entorno. Por periodo de vigencia entendemos aquel en que se construyen jardines en esa tipología, por tanto para comprender el esquema hay que tener en cuenta que en un mismo momento se pueden hacer jardines de varios tipos y se mantienen todavía algunos de los realizados en otras anteriores. Se deduce de estas consideraciones que la adaptación a las modas se ha manifestado de muchas maneras; lo normal es que la mayoría de los jardines haya conocido a lo largo de su existencia diversas formas, a veces con pequeños

e Isac Martínez de Carvajal (2008).

24 “Happily for the garden lover, it is a country where, outside the capital, fashions change slowly. What with the natural conservatism of the people re-inforced by the medieval state of the roads, craftsmen in out-of-the-way places are still a century or more removed from their comrades in more accessible provinces”. Villiers-Stuart, 1929, p. 41. En traducción de Eleni Yannakis y Silvia Segarra (en Piñar Samos y Tito Rojo, 2004, p. 42).



Cuadro I. Etapas de la jardinería de la Alhambra. Siglos XII al XVIII



Cuadro II. Etapas de la jardinería de la Alhambra. Siglos XIX al XXI

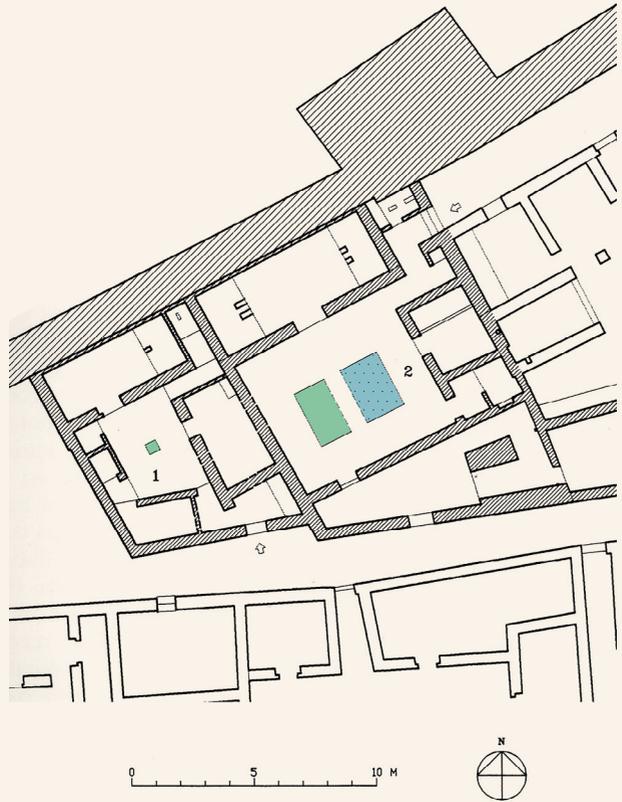
UNA TIPOLOGÍA ATEMPORAL: LAS JARDINERÍAS DOMÉSTICAS

AL ANALIZAR LOS DIFERENTES TIPOS DE JARDÍN presentes en la Alhambra hemos dejado al margen uno que se encuentra presente a lo largo de los siglos, en todos los periodos. El nombre que usamos para definirlo alude a su carácter hogareño, en general carente del aparato de los jardines de grandes casas y palacios. Suelen corresponder a espacios asociados a viviendas pequeñas, con patios o reducidos parte- rres, en general sin particiones o apenas con algún camino. Su entidad jardinera se apoya en pocos elementos, acaso un estanque, pérgolas rústicas, sitios de estancia o pequeñas parcelas de plantaciones ornamentales. Los pavimentos suelen ser de tierra compactada, a veces con algún cementante y arena para evitar los encharcamientos debidos al carácter arcilloso de la alpañata local, usándose también el tradicional empedrado o ladrillo.

Los jardines de este tipo están presentes desde la Antigüedad, formando un conjunto que a pesar de la simplicidad de sus componentes es heterogéneo en sus soluciones. Sin embargo esa heterogeneidad es casi ajena a secuencias temporales, por ejemplo el pequeño patio con un estanque puede encontrarse desde las etapas más antiguas de la jardinería a las más recientes. No pasa lo mismo con sus materiales y plantas que son más dependientes de los cambios culturales y de la incorporación de novedades en el catálogo florístico. Nosotros optamos por considerar a los domésticos como una única tipología de jardín, lo que evita intentar periodizaciones y subdivisiones apoyadas en casuísticas singulares que aportarían poco a la comprensión del conjunto.

La arqueología de casas en la Alhambra ha desvelado algunos jardines domésticos nazaríes. Los hay exteriores a las viviendas, en general huertos de límites y composición imprecisos, y otros interiores, patios de reducido tamaño que suelen tener un estanque y pequeños arriates, limitados a veces a un simple alcorque adecuado para contener un árbol. Su complejidad aumenta paralela al status social del propietario: conforme es más elevado, sus patios son mayores y más ricos, sumándose fuente-cillas asociadas a las albercas, suelos de cerámica, emparrados, pórticos...

La documentación de archivo nos da permanente información de este tipo de espacios en todas las etapas, a veces sólo con discretos apuntes, “una casa con huerto”, “un macetón con un naranjo”...



Orihuela Uzal, 1996. *Casas de la Alcazaba de la Alhambra. Hipótesis de estado inicial (detalle)*

Mínimos ajardinamientos en el barrio de casas excavado en la Alcazaba. En la casa 1 un alcorque, en la 2 un estanque y un pequeño arriate. Se han coloreado aquí las áreas de agua y plantación.

Hay otra consideración a tener en cuenta, de la misma manera que los jardines podían cambiar a lo largo del tiempo, este tipo doméstico a veces aparece asociado a etapas de abandono de jardines suntuarios. Un buen ejemplo es el Carmen de las Damas en el siglo XIX. El pórtico del Partal había sido transformado en vivienda, cerrando su arcada, y el espacio de la alberca estaba ocupado por un huerto. Lo que en la Edad Media era un jardín palaciego con gran alberca, en el siglo XIX era un modesto huerto familiar.

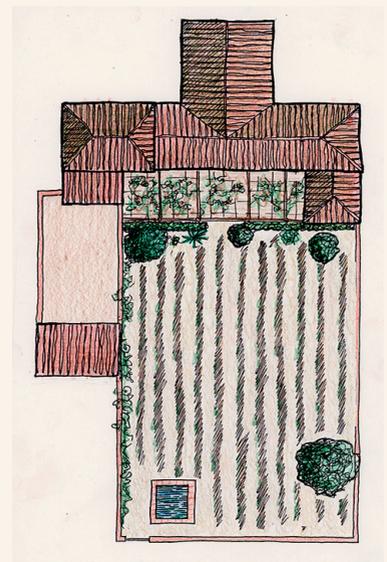


Stereo-Travel, 1908,
Court in a private house,
Alhambra, Spain
Colección JTR

Un jardín doméstico en la Alhambra de principios del siglo XX. Par derecho de una estereoscópica.



Manuel Rodríguez, 13 de agosto de 1858, *Torre de las Damas*.
Colección Carlos Sánchez Gómez.



Trazado del Carmen de las Damas
JTR, 2008

El Partal Bajo cuando era un espacio doméstico. El boceto refleja su estado a finales del siglo XIX a partir de fotos publicadas por Antonio Almagro Cárdenas. El espacio era un huerto y había algunas plantas ornamentales y una pérgola junto a la casa.

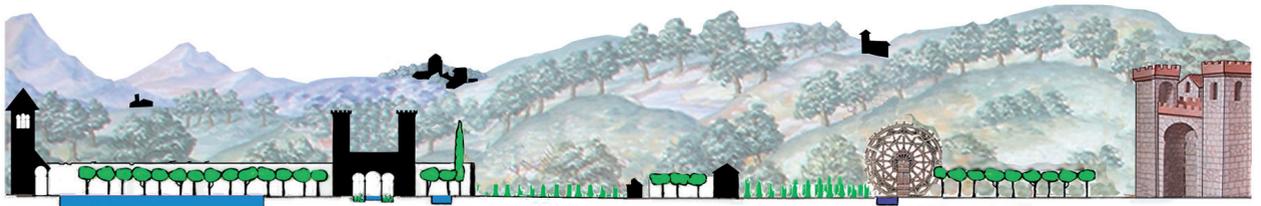


cambios apreciables por la incorporación de significativos elementos, a veces con transformaciones radicales de su trazado.

Para su mejor comprensión, nuestro esquema se presenta dividido en dos cuadros, uno para los siglos XII al XVIII y otro para los del XIX al XXI, diferenciados por la calidad del registro gráfico (planos, dibujos, grabados, fotografías), prácticamente ausente en el primero, muy abundante en el segundo. La caracterización de las etapas será, lógicamente, más ajustada en este último, pues las imágenes nos permiten conocer con fiabilidad las formas de los jardines y apreciar las innovaciones. En los tiempos más lejanos la menor información nos obliga a ser más generalistas.

El conocimiento de las formas anteriores al siglo XIX es el resultado del análisis de múltiples fuentes de información. La más útil, sobre todo para el periodo nazarí, es la propia materialidad del jardín, la supervivencia secular de algunos trazados o lo que se sabe de indagaciones arqueológicas. En ocasiones la única información disponible son las descripciones, sean material de archivo, crónicas o relatos de viajeros, aunque en general suelen ser muy vagas y poco útiles para conocer cómo era, en detalle, un jardín concreto. Lamentablemente en este periodo son escasísimas las imágenes de los jardines de la Alhambra, pues la mayoría de las conocidas son panorámicas lejanas y las pocas vistas interiores se limitan casi exclusivamente a los patios de Arrayanes y Leones. La peculiar historia de la Alhambra justifica que haya que esperar a la irrupción del grabado romántico para contar con abundantes imágenes de los jardines.

La pintura de la Batalla de la Higuera en El Escorial fue realizada en el siglo XVI sobre dibujos hechos durante la incursión del rey castellano Juan II contra el sultanato nazarí, en 1431. El detalle de la ciudad de Granada que hay en ella es muy fiel a la realidad de la época. Pueden verse la ciudad y sus arrabales rodeados de murallas, la Alhambra y las almunias y huertas de su entorno: Generalife, Aljares, Alcázar Genil, Ginalcadi y Ginaljofe. Los esquemas del gráfico de la página siguiente se han realizado usando como base esta pintura.



Cultivos agrícolas muy diversos, desde los exclusivamente productivos a las almunias del poder

ENTORNO DE LA CIUDAD

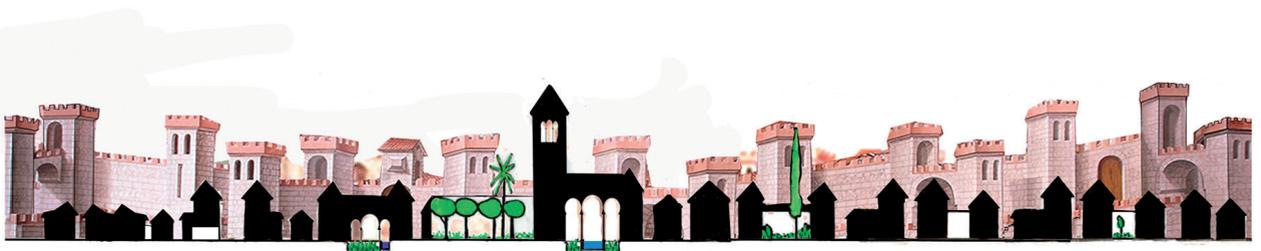


Grandes casas y palacios con jardines y huertos

Espacios libres Casas con patio

Fincas con cultivos agrícolas

ARRABALES



Caserío denso de casas con patio

Palacios con huertos y jardines dentro y fuera de los edificios

Algunas de las casas con patio-jardín

MEDINA

Tipologías de cultivos en la Granada nazarí y su entorno. Con imágenes tomadas del detalle de Granada en *La Batalla de la Higuera*.

LOS TÉRMINOS DE LOS ESPACIOS CULTIVADOS EN AL-ÁNDALUS

EN AL-ÁNDALUS LAS HUERTAS Y JARDINES ERAN denominados con una serie de términos que no siempre correspondían a realidades bien diferenciadas. Es algo comprensible si tenemos en cuenta que los límites entre unos tipos de cultivos y otros eran difusos y que, además, las denominaciones variaban en su significado a lo largo de la geografía y del tiempo. Es un asunto que no es exclusivo del mundo andalusí, sino común a otras muchas culturas. Es ilustrativo considerar la diversidad de términos jardineros en el castellano y en otros idiomas actuales: un parque puede ser denominado jardín, lo mismo que una finca agrícola o de placer situada en la periferia de una ciudad puede ser denominada en unos u otros lugares como torre, huerta, huerto, retiro, villa, carmen, cigarral, hacienda... Con esa prevención relacionamos los términos más frecuentes usados en al-Andalus¹.

Riyad (riad) suele referirse al jardín de placer. En Marruecos se emplea también para definir los edificios con patio ajardinado. La denominación más antigua del Palacio de los Leones era *Riyad al-Said*, el Jardín Feliz. La mayoría de los jardines andalusíes que han llegado hasta nosotros son *riyad*, en el sentido restringido de patios de antiguos palacios. Su singular, *rawd*, se usa también para denominar algunos cementerios, con ese sentido el de los reyes en la Alhambra era denominado la Rauda.

Bustán es un término de origen persa que mantiene en gran medida el significado original etimológico, *bu*, olor, perfume, *stan*, lugar. Se usa para los jardines ornamentales, así lo hace de forma clara Ibn Jaldún, aunque en otros textos puede entenderse como huerto.

1 El repaso que hacemos es muy esquemático, para más detalle sobre los términos árabes puede consultarse en Lagardère, 1993, y en García Sánchez, 1995. En Tito Rojo y Casares Porcel, 2011, aportábamos una visión desde la óptica jardinística.

Yanna es un antiguo término semita, coincidente en hebreo y árabe, y designa los huertos y huertas². *Yinan* es un término colectivo usado preferentemente para un conjunto de huertas (huertos, jardines). El Paraíso del Corán es denominado *Yanna*, lo mismo que ocurre en la Biblia, donde para denominar el jardín del Edén se usa el equivalente hebreo, *Yan (Gan)*. El término Paraíso que hoy usamos en las lenguas occidentales para denominar ese jardín aparece como consecuencia de la traducción de la Biblia al griego, idioma que lo había tomado del persa con el significado de jardín (Tito Rojo, 2011).

Munya (almunia) se utiliza en referencia a las fincas de producción agrícola cercanas a las ciudades con un complejo edificado. El término se limita casi exclusivamente a las grandes propiedades del poder que eran usadas también como retiros placenteros³.

Karm (carmen), es, literalmente, viñedo, finca cultivada con vides, aunque la deriva del término hizo que se usara con independencia de la presencia o no de ese tipo de cultivo. Como ocurría con las almunias se localizaban en el contorno de las ciudades, pero a diferencia de ellas su propiedad no era exclusiva de la aristocracia. El término carmen pervive en Granada, aunque la mayoría de los actuales no se localizan en la periferia sino en el interior de la ciudad, en los barrios históricos de las colinas. *Karm* se emplea también en hebreo, el término Carmelo deriva de él, *Karm-Elo*, la “viña del Señor” (Elo-Elohim-Señor).

En los textos y en la toponimia se recogen otros términos relacionados con fincas de cultivo *hayr, dar, arsa, bujayra, magsar, agdal*... En algunas ocasiones los textos señalan en ellas la presencia de jardines.

2 En castellano huerto y huerta tienen matices. El primero es más cercano conceptualmente a jardín, suele estar cerca de la vivienda y dominan los frutales. La huerta suele entenderse como regadío de hortalizas.

3 Sobre el término *munya*, que recientemente se ha escogido como referente prioritario para ese tipo de fincas (Navarro Palazón y Trillo San José, 2018), es imprescindible García Sánchez, 2018. A pesar de ser hoy de uso muy frecuente, en los textos andalusíes se reparte muy irregularmente. En el territorio de Granada está prácticamente ausente, siendo este tipo de fincas denominadas más frecuentemente como *Dar*.



Una de las mejores representaciones islámicas del Paraíso. Anónimo mogol del siglo XVIII. Freer Gallery of Art, Washington, F 1968.3

LOS JARDINES DE AL-ANDALUS Y LOS JARDINES DE LA ALHAMBRA

La singularidad paisajística del territorio.

LA GRANADA NAZARÍ, Y CON ELLA LA ALHAMBRA, es el epílogo de al-Andalus, se desarrolla cuando el resto de los territorios islámicos de la península han pasado a manos de los reinos cristianos. Los jardines de las primeras etapas de al-Andalus se generaron como resultado de la incorporación de modelos orientales y su mezcla con las tradiciones mediterráneas y locales conservadas desde época romana. Esta frase, de aparente obviedad, necesita sin embargo ser matizada. Primero porque desconocemos mucho de cómo eran esas jardinerías orientales, pues los restos de jardines de territorios islámicos anteriores a al-Andalus son muy escasos. Segundo porque ya la jardinería romana había incorporado tradiciones orientales, pre-islámicas; el origen del jardín en la Roma clásica se produce en el tránsito de la República al Imperio y fue en gran medida fruto de las conquistas militares que significaron el contacto con las jardinerías griega y del Próximo Oriente (cf. Grimal, 1969). Como ya hemos señalado (Tito Rojo y Casares Porcel, 2011) gran parte de los tipos de jardín que se conocen en al-Andalus estaban presentes en la jardinería romana, con la exclusión notable de los “patios de crucero” que, hasta donde conocemos, son un producto que aparece en la Edad Media, tanto en el mundo cristiano europeo como en el islámico.

Lo cierto es que todo pueblo en sus emigraciones lleva sus hábitos de vida y, aunque sea poco conocido en sus detalles, la llegada a la península de pueblos de cultura islámica trajo consigo formas de cultivar y hacer jardines que se habían establecido en los primeros tiempos del Islam; especialmente tras el contacto de los árabes, cuya cultura desconocía el jardín ornamental, con Siria y Persia. La formalización del jardín islámico se puede establecer en el Califato Omeya de Damasco (661-750), momento de gran riqueza cultural y de expansión del Islam. Los jardines de los omeyas de Córdoba, tanto del emirato (756-929) como del califato (929-1010 [1031]), debían tener fuertes vínculos con los jardines omeyas de Oriente. Hay de ello indicios, con algunos testimonios escritos, aunque sea difícil concretarlo en las formas de los jardines por la escasez de restos materiales conservados.

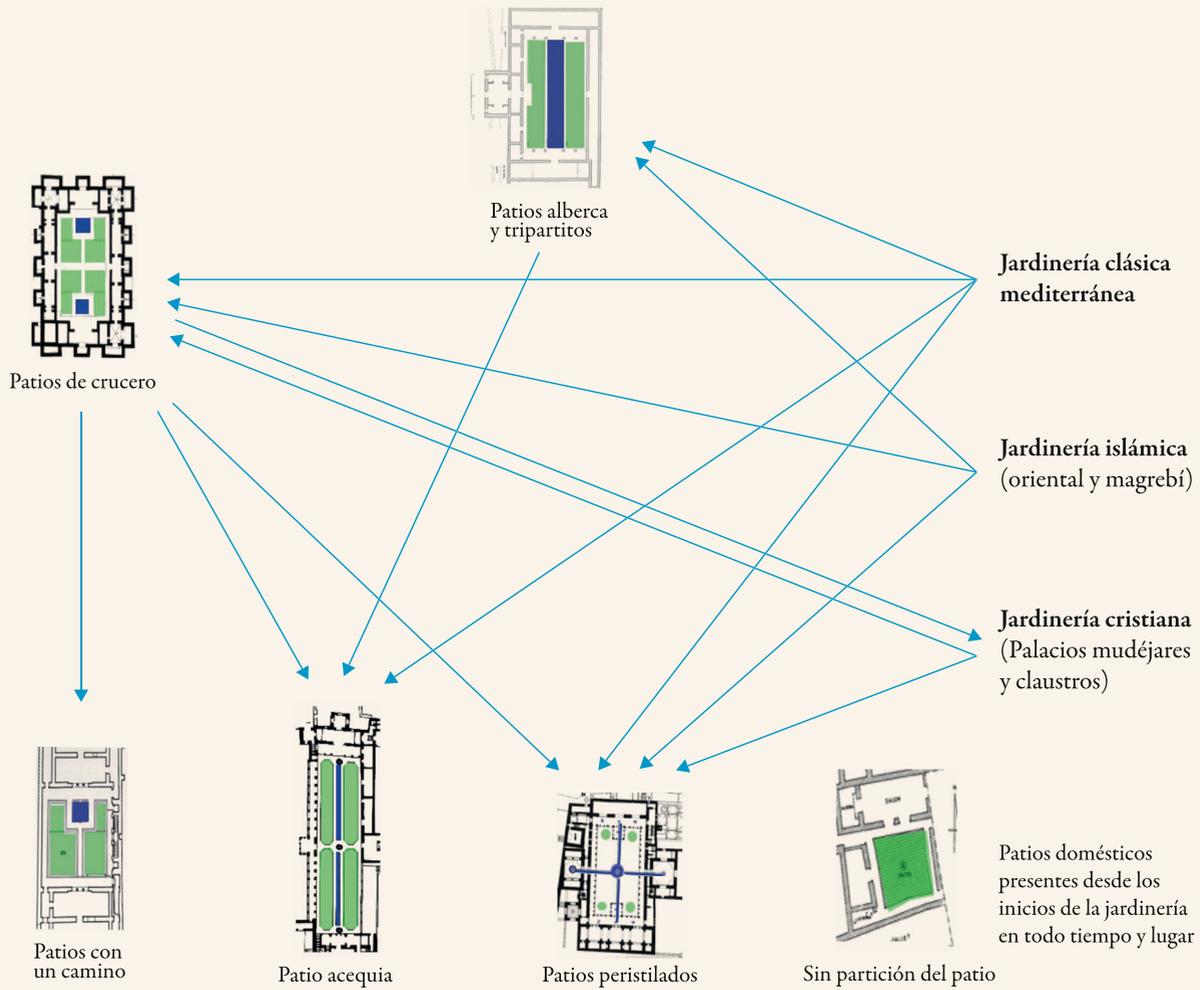
El cada vez mayor conocimiento de los jardines de al-Andalus de los periodos posteriores permite advertir cómo, a lo largo del tiempo, se produjo una evolución de las tipologías de jardines. Lo podemos

percibir especialmente en los tipos de patios, pues son pocos los restos conservados de los grandes jardines exteriores a los edificios. En estos últimos, además, la posibilidad de establecer tipologías es muy reducida al estar condicionados por las características de los terrenos en los que se hicieron. Valga como ejemplo el mejor conocido de los jardines exteriores, la gran explanada frente al Salón Rico de Medina Azahara, una gran terraza atravesada por caminos y con un gran pabellón, rodeado de estanques, en su centro; es muy difícil de relacionar con su equivalente alhambrense, la amplia zona de los jardines del Partal establecida en bandas de terrazas paralelas condicionadas por los desniveles del terreno, aunque tuvieran también un pabellón, pequeño, rodeado de agua y otro, algo mayor, con un gran estanque al frente.

Al estar los jardines exteriores mucho más sujetos a cambios que los patios, en general lo que nos ha llegado de ellos son escasos elementos de materiales duros, restos de pabellones y estanques, con escasa pervivencia de caminos, límites y estructura de las plantaciones. Destacan de ese conjunto los testimonios de algunas grandes almunias del poder de época almohade, aunque también de alguna taifa, de las que se han recuperado grandes albercones, a veces con vestigios de sus *qubbas*. Al ser un fenómeno periurbano, nada de eso hubo en el interior de la Alhambra, aunque el poder nazarí tenía obviamente almunias, de nuevo cuño o de época anterior. El Generalife es la mejor conservada, pero no es la única que ha dejado huellas.

En los patios de la Alhambra lo que se produjo fue una reducción de la precedente diversidad. El patio de crucero, mayoritario en los patios de palacios taifas y cristianos, apenas está presente en la Alhambra, dejando como huella más frecuente la partición de los arriates en algunos patios tripartitos, una especie de esbozo de crucero que carece de cruce central de caminos. De la misma manera una tipología tardía y rara en el precedente andalusí, el patio tripartito, será la norma más fija en la Alhambra, presentándose en la mayoría de los grandes patios-jardín de los palacios.

Se puede resumir afirmando que en la Alhambra se produce un tipo de ajardinamiento que corresponde a la selección de los modelos tardíos andalusíes y medieval cristianos, que acabó por dar una reconocible caracterización de sus jardines. La



Relaciones-influencias entre las diferentes tipologías de patios andalusíes (José Tito, sobre planos de Orihuela Uzal, Navarro Palazón et al.)

percepción de la existencia de una jardinería propia de la Alhambra se facilita porque la evolución posterior de los jardines se realizó con parámetros singulares, diferenciados de los modelos típicos del resto de España y de Europa. Insistentemente hemos señalado en nuestros trabajos que la Alhambra no era una isla impermeable a las influencias externas, pero es cierto que su peculiar evolución ha acabado por configurar una jardinería reconocible como propia del monumento. Se suman pues en su singularidad dos fenómenos superpuestos: en su origen los jardines islámicos de la Alhambra tenían una selección específica de las múltiples tipologías precedentes, con la elección de la superficies de agua en el centro de los patios como norma más frecuente; y en su evolución la forma de intervenir en los jardines, antiguos y nuevos, se produjo de forma también específica.

Todo ello permite hoy percibir todos los jardines de la Alhambra como un conjunto que comparte numerosos ingredientes comunes: los trazados rectos,

la partición de los espacios en retículas de pequeño tamaño, las superficies de agua organizando y protagonizando los ambientes y una flora común, muy tradicional, en la que destacan los cipreses y los arrastres, aunque coexistan hoy con sus sustitutos en los setos, especialmente con los bojés. A estos elementos vegetales se suman infinidad de otros de fuerte impacto perceptivo, el blanco de cal en las paredes, el uso de alpañata y empedrado en los suelos de los caminos, las fuentes de parecida forma, los pilares adosados a los muros, el escalonamiento de los espacios al estar casi todos en terrenos inclinados... Una riquísima red de componentes que permiten reconocer los jardines de la Alhambra y su entorno como una realidad altamente específica. Afirmación que se puede prolongar a los jardines de los cármenes de los barrios históricos de la ciudad de Granada. En parte por haber tenido una historia similar, en parte por haber tomado la Alhambra y el Generalife como modelos.

LA DIFERENTE EVOLUCIÓN DE LOS JARDINES DE LA ALHAMBRA

HABLANDO DE GRANADA, LA ALHAMBRA Y EL GENERALIFE, decía Arthur Mangin en su pionera *Histoire des jardins* (1867, p. 93):

España es quizás el único país del mundo donde se pueden contemplar todavía, en el siglo diecinueve, jardines creados en el XIII tal cual, o muy cercanos, a cómo eran justo recién terminados.

Esa afirmación es acertada si la referimos al caso excepcional del Patio de los Arrayanes o, en menor medida, al Patio de la Acequia; los dos son jardines ornamentales originados en la Edad Media que

se han mantenido vivos y conservan sin cambios radicales su imagen inicial. En el resto de los casos la evolución ha sido menos amable: la mayoría han sido muy transformados, otros ofrecen fragmentos que con esfuerzo permiten imaginar cómo fueron y son muchos los ocultos bajo la tierra acumulada por el tiempo o bajo los edificios construidos sobre ellos.

Ofrecemos un esquema de cuál ha sido la diferente evolución de los jardines que se hicieron en el territorio de la Alhambra antes de la conquista cristiana.

I. JARDINES SUPERVIVIENTES.

Se trata de los escasos ejemplares que han llegado hasta hoy sin desaparecer desde su creación. Para valorar en su justa medida esa excepcionalidad vale la pena advertir que, junto al Patio de los Naranjos de la Mezquita de Córdoba y la Menara y el Agdal de Marrakech, los de la colina de la Alhambra son los únicos jardines medievales de Occidente que han llegado vivos al siglo XX. En esta categoría pueden diferenciarse tres modalidades de evolución:



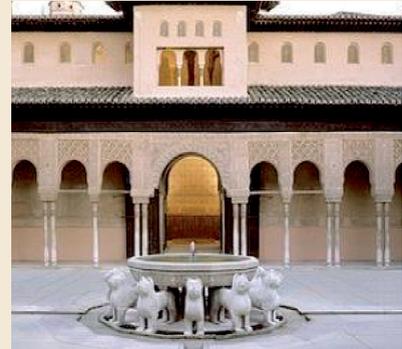
1.1. Jardines que han permanecido casi sin cambios.

Son aquellos en que su forma actual es casi idéntica a la pudieron tener en su origen. Se limitan a un jardín, el Patio de los Arrayanes, y un paisaje, el formado por las huertas del Generalife.



1.2. Jardines que han cambiado pero conservan lo esencial.

Caso típico es el Patio de la Acequia, que ha conocido formas muy variadas en sus vegetales pero manteniendo lo esencial de su trazado. Lo mismo puede decirse de otras zonas del Generalife como la Escalera del Agua o la terraza de la Fuente Redonda.



1.3. Jardines con rupturas importantes en su evolución.

Son aquellos que hoy son muy diferentes a como eran en su inicio. El Patio de la Sultana se transformó a finales del XVI sobre un primitivo estanque, también alterado. El Patio de los Leones ha tenido el suelo pavimentado o cubierto de plantaciones.